

No seas mi profesor, sé mi maestro

testimonio

Por Francisco Morejón
(francisco.morejon95@gmail.com)



En la imagen que adjunto a este texto vemos a dos amigos, compañeros, maestros. Digo maestros porque, a diferencia de los profesores que enseñan conocimiento, los maestros enseñan sabiduría. Compañeros y amigos tienen mucho que ver con esta idea de caminar juntos, en la que hay muchas enseñanzas y donde se comparten vivencias y experiencias.

Hay momentos de cercanía y otros de lejanía; así es la vida, a veces fría, a veces caliente. A veces la lejanía o cercanía entre los amigos puede ser intelectual abstracta, o puede ser empírica científica. A veces unos amigos se paran en la derecha y otros se paran en la izquierda. Sin embargo, siguen siendo amigos y siguen caminando juntos. Y así nos encontramos

con uno de los desafíos más complejos que enfrentan los seres humanos: aprender a compartir el mundo con respeto y cariño con los amigos, aunque a veces no se entiendan por completo.

Con esto dicho, quisiera entrar en materia. Los maestros son los amigos y compañeros de la educación. En honor a Emilio, o el tratado de la educación de Rous-

Te invito a que te unas al grupo de los ignorantes que no sabemos cómo haremos para sobrevivir a la destrucción ecológica, al capitalismo que envicia y que dormita a los seres humanos, a este sistema que funciona perfectamente para producir trabajadores competentes y ya no ciudadanos responsables.

seau, tu maestro debe ser la persona más sagrada que podría existir. ¿Dejarías que tu hijo aprenda de moral de un violador asesino o dejarías que tu hijo aprenda sobre la paz con Hitler? Nunca, pensaría yo. Más bien quisieras que aprendieran política con Obama y paz con Malala. ¿Te atreverías a dejarlos solos durante doce años en una institución donde no conoces quiénes son sus maestros? Yo, no. ¿Tú?

Pero la pregunta es: ¿Cómo esa relación está entre los maestros, entre los estudiantes, entre los padres, en su sociedad? ¿Eres dios porque tienes un PhD o eres un humano privilegiado a quien se le otorgó mucho dinero para estudiar? Dinero que posiblemente no fue tuyo y que probablemente vino de otros, de tu sociedad, de



tus alumnos y sus padres. Dinero que te compró a ti el privilegio de tener tiempo, tiempo para pensar, para leer, para investigar.

Y ahora, con esto en la mesa, te miro desde el otro lado de tu asiento y te pregunto, ¿qué estás haciendo con este privilegio? ¿Qué estás haciendo como maestro? ¿Estás haciendo dinero? ¿Estás calentando un asiento? ¿Estás transformando el intelecto de jóvenes, adultos, de todos? ¿Todas? ¿Ninguna? Te pregunto esto porque ser maestro es un privilegio. Pues de ti dependen las futuras generaciones, por los siglos de los siglos. Tú eres la persona que se para todos los días al frente del futuro del mundo y, ¿qué estás haciendo?

Te invito a esta reflexión. Te invito a este diálogo. Te invito a cuestionarte. Te invito a preguntarte ¿por qué eres maestro? Ya que hablamos de privilegios, te comparto los míos. Yo soy un hom-

bre, blanco, bourgeois, educado, privilegiado, amigo, enamorado, ecologista, educador, apasionado, deprimido, capaz e ignorante. Y de todas estas potencialidades, me quiero enfocar por esta vez en ignorante.

Al igual que esos dos amigos de la foto, yo no lo sé todo, pero me he dado el tiempo de cuestionar y averiguar, de preguntar e investigar. Me he dado el tiempo de atender, de escuchar, porque soy ignorante.

Demasiado ignorante. Pensar que sé más que todos mis estudiantes que están al frente mío sería una gran mentira, pensar que sé lo

¿Qué estás haciendo con este privilegio? ¿Qué estás haciendo como maestro? ¿Estás haciendo dinero? ¿Estás calentando un asiento? ¿Estás transformando el intelecto de jóvenes, adultos, de todos? ¿Todas? ¿Ninguna?

que es caminar desde Venezuela a Ecuador sería una gran mentira, pensar que sé lo que es vivir por meses en las calles de Guayaquil sería una gran mentira, asumir que sé lo que es tener que ser empleada doméstica de otros y me griten y me digan cómo servir sería una gran mentira. Sabiendo esto, todavía me atrevo a sentarme al lado de mis estudiantes para aprender con ellos.

Aprendí a callar, para poder sanar. Aprendí a callar, para poder escuchar, escuchar sobre lo que no sé. Aprendí a entender que un sistema capitalista binario simplificó la sociedad y, en honor a Marcuse, nos convirtió en personas unidimensionales. Producimos y consumimos.

Después de la guerra fría, la posibilidad de otro sistema que no sea el de Estados Unidos no es aceptada, pero entonces, ¿no es ese sistema totalitario? Claramente, todos son diferentes, porque las personas

somos diferentes, y sin embargo habitamos el mismo mundo. Existen personas valientes que se sientan en este mundo, a educar, a enseñar, a entrar al sistema educativo estandarizado continuo de la revolución industrial. Pero yo sé cómo te sientes. Y con este sentir me paro Y GRITO, Y GRITANDO ESCRIBO, QUE HAY TODAVÍA OTRA POSIBILIDAD, OTRA ALTERNATIVA EDUCATIVA.

Gritando escribo que si estás leyendo este artículo, pienses para ti mismo, si tienes alguna responsabilidad en todo esto. Y si la respuesta es sí, te invito a que te unas al grupo de los ignorantes que no sabemos cómo haremos para sobrevivir a la destrucción ecológica, al capitalismo que envicia y que dormita a los seres humanos, a este sistema que funciona perfectamente para producir trabajadores competentes y ya no ciudadanos responsables.

Llegando al final de mi reflexión y parado en mi propio sesgo educativo, uno que es muy querido para mí, pues así me formé, es el espíritu de las artes liberales.

Las ars, o práctica de principios con los cuales nos relacionamos con el mundo, y librealis, los conocimientos para entender el mundo, el espíritu de las artes liberales.

Propongo que parados en este sesgo, desde esta filosofía educativa, nos pongamos tanto alumnos, padres, maestros y sociedad los estándares más altos y más complicados para la formación de la sociedad, un estándar de formarnos como seres políticos y morales.

Y con eso regreso a la imagen de esos dos amigos y maestros, uno apuntando al cielo y al idealismo, y el otro apuntando al suelo y a lo

empírico; uno apuntando a lo moral e intelectual y el otro apuntando a lo político y activo.

Los dos representando a nuestras queridas artes liberales, y representando el trabajo sagrado de la educación, la investigación, la ignorancia, la curiosidad, y la creatividad. Les dejo entonces con una invitación a cambiar, a pelear, a dialogar, a reflexionar, tanto maestros, como alumnos, como padres, como sociedad. ¿Quiénes son nuestros maestros? ¿Cómo nos están educando?

Les dejo, finalmente con la idea de tomar a su amigo e ir a caminar, y que caminen juntos y aprendan juntos y compartan juntos. Les dejo hoy entonces con esta nota, con el caminar de estos dos filósofos, dos amigos, dos compañeros, dos maestros, nada más y nada menos, que Platón y Aristóteles.

